

era el pararrayos que salvaba á los demas jóvenes del pueblo.

Algunas gentes compadecieron al pobre muchacho; pero ninguno se atrevió á abogar por su libertad, y el oficial lo recibió preso.

Parece que Pablo, en la noche del día 23, burlando la vigilancia de sus custodios, y merced á su conocimiento del lugar y á su agilidad montañesa, pudo escaparse de su prision, que era la casa municipal, donde la tropa se habia acuartelado, y corrió á la casa de Cármen: llamó á ésta y á la madre, que asustadas, acudieron á la puerta á saber qué queria. Pablo dijo á la jóven, que así como habia venido á hablarla, podia muy bien huir á las montañas; pero que deseaba saber, ya en esos momentos muy graves para él, si no podia abrigar esperanza ninguna de ser correspondido, pues en este caso se resignaria

á su suerte, é iria á buscar la muerte en la guerra; y si sintiendo por él algun cariño Cármen, se lo decia, se escaparia inmediatamente, procuraria cambiar de conducta y se haria digno de ella.

Cármen reflexionó un momento, habló con la madre y respondió, aunque con pesar, al jóven, que no podia engañarlo; que no debia tener ninguna esperanza de ser correspondido; que sus parientes lo aborrecian, y que ella no habia de querer darles una pesadumbre reteniéndolo, particularmente cuando no tenia confianza en sus promesas de reformarse, porque ya era tarde para pensar en ello. Así es, que sentia mucho su suerte, pero que no estaba en su mano evitarla.

Oyendo esto, Pablo se quedó abatido, dijo adios á Cármen, y se alejó lentamente para volver á su prision.

— ¡Ay! Así fué, dijo Cármen sollozan-

do; yo tuve la culpa.... de todo lo que ha padecido....

— Pero, hija, replicó la señora; si entonces era tan malo....

— Al día siguiente, continuó el cura, á las ocho de la mañana, el oficial salió con su partida de tropa, batiendo marcha y llevando entre filas y atado al pobre muchacho, que inclinaba la frente entristecido, al ver que las gentes salían á mirarlo.

— ¡Adios, Pablo!... repetían las mujeres y los niños asomándose á la puerta de sus cabañas; pero él no oyó la voz querida ni vió el semblante de Cármen entre aquellos curiosos.

En la noche de ese día 24 se hizo la función de Noche-buena, y se dispuso la cena en este mismo lugar; pero habiendo comenzado muy alegre, se concluyó tristemente, porque al llegar la hora de la ale-

gría; del baile y del bullicio, todo el mundo echó de ménos al alegre muchacho, que aunque vicioso, era el alma, por su humor ligero; de las fiestas del pueblo.

— ¡Ay! ¡pobrecito de Pablo! ¿En donde estará á estas horas? preguntó á alguien.

— ¡En dónde ha de estar! respondió otro.... en la cárcel del pueblo cercano; ó bien desvelado por el frío, y bien amarrado, en el monte donde hizo jornada la tropa.

No bien hubo oído Cármen estas palabras, cuando no pudo más y rompió á llorar. Se había estado conteniendo con mucha pena, y entonces no pudo dominarse. Esto causó mucha sorpresa, porque era sabido que no quería á Pablo, de modo que aquel llanto hizo pensar á todos, que aunque la muchacha le mostraba aversión

por sus desórdenes, en el fondo lo quería algo.

El señor alcalde se enfadó, lo mismo que la señora, y se retiraron, concluyéndose en seguida la cena de esa manera tan triste.

Han pasado ya tres años. No volvimos á tener noticias de Pablo, hasta hace cinco meses, en que volvió á aparecer en el pueblo; se presentó al alcalde enseñando su pasaporte y su licencia absoluta, y pidiendo permiso para vivir y trabajar en un lugar de la montaña, á seis leguas de aquí.

En dos años se habia operado un gran cambio en el carácter, y aun en el físico de Pablo. Habia servido de soldado, se habia distinguido entre sus compañeros por su valor, su honradez y su instrucción militar, de modo que habia llegado hasta ser oficial en tan poco tiempo. Pero

habiendo recibido muchas heridas en sus campañas, heridas de las que todabia sufre, pidió su licencia para retirarse á descansar de los trabajos de la guerra, y sus gefes se la concedieron con muchas recomendaciones.

Pablo no tardó mas que algunas horas en el pueblo, cambió su traje militar por el del labrador montañés, compró algunas provisiones é instrumentos de labranza, y partió á su montaña sin ver á nadie, ni á Cármen, ni á mí. Retirado á aquel lugar, comenzó á llevar una vida de Robinson. Escogió la parte mas agreste de las montañas; construyó una choza, desmotó el terreno, y haciendo algunas excursiones á las aldeas cercanas, se proporcionó semillas y cuanto se necesitaba para sus proyectos.

Sus viajes de soldado, por el centro de la República le han sido muy útiles. Ha

aprovechado algunas ideas sobre la agricultura y horticultura, y las ha puesto en práctica aquí con tal éxito, que da gusto ver su *roza*, como él la llama humildemente. No, no es una simple *roza* aquella, sino una hermosa plantación de mucho porvenir. Está muy naciente aún; pero ya promete bastante. Sus árboles frutales son exquisitos, su pequeña siembra de maíz, de trigo, de chícharo y de lenteja, le ha producido de luego á luego una cosecha regular. Merced á él, hemos podido gustar fresas, como las mas sabrosas del centro, pues las cultiva en abundancia, y no parece extraño á la aficion á las flores, pues él ha sembrado por todas partes violetas, como las de México (y no inodoras como las de aquí), pervincas, mosquetas, malvarosas, además de todas las flores aromáticas y raras de nuestra sierra. Ha plantado un pequeño viñedo, y á él he encargado

precisamente de cuidar mis moreras nacientes y que están colocadas en otro lugar mas á propósito por su temperatura. En suma, es infatigable en sus tareas, parece poseido por una especie de fiebre de trabajo. Se diría que desea demostrar al pueblo que lo arrojó de su seno por su conducta, que no merecía aquella ignominia, y que en su mano estaba volver al buen camino, si la persona á quien habia hecho tal promesa, hubiera dado crédito á sus palabras.

Los pastores de los numerosos rebaños que pastan en estas cercanías, como he dicho á usted, lo adoran, porque apenas se ha sentido la presencia de una fiera en tal ó cual lugar, por los daños que hace, cuando Pablo se pone voluntariamente en su persecucion y no descansa hasta no traerla muerta á la majada misma que sirve de centro al rebaño perjudicado. Y Pablo no

acepta jamás la gratificación que es costumbre dar á los otros cazadores de fieras dañinas, sino que después de haber traído muertos al tigre, al lobo ó al leopardo, ó de haber avisado á los pastores en que lugar queda tendido, se retira sin hablar más. Esta singularidad de carácter, junta á su rara generosidad y á su valor temerario, han acabado por granjearle el cariño de todo el mundo; solo que nadie puede expresárselo como quisiera, porque Pablo huye de las gentes, pasa los días en una taciturnidad sombría; y á pesar de que padece mucho todavía á causa de sus heridas, á nadie acude para curarse limitándose á pedir á los labradores montañeses ó á los aldeanos que pasan, algunas provisiones á cambio del producto de su plantación. Cerca de ésta tiene su pequeña cabaña, rodeada de rocas que él ha cubierto con musgo y flores: allí vive como un er-

mita ó como un salvaje, trabajando durante el día, leyendo algunos libros en algunos ratos, de noche; y siempre combatido por una tristeza tenaz.

Conmovido yo por semejante situación, he ido á verlo algunas veces. El me espera, me obsequia, me escucha, pero se resiste siempre á venir al pueblo. Un día, en que supe que estaba postrado y sufriendo á consecuencia de sus heridas y de la entrada del invierno, quise llevar conmigo á la señora madre de Carmen para que esto le sirviese de consuelo; pero él apenas nos divisó á lo lejos, huyó á lo más escabroso y escondido de la sierra, y no pudimos hacer otra cosa que dejarle algunas medicinas y provisiones, retirándonos llenos de sentimiento por no haberle visto.

— Pero ese muchacho interrumpí, va á acabar por volverse loco, llevando seme-

jante vida, parecida á la que hacia Amadís; es preciso sacarlo de ella.

— Indudablemente, contestó el cura; eso mismo he pensado yo y he puesto los medios para que termine. Usted habrá comprendido cual debia ser el único eficaz, porque á mí no se me oculta que Pablo ha seguido amando á esta muchacha, con mas fuerza cada dia; solo que, altivo por carácter, y resentido en lo profundo de su alma por lo que habia pasado, no puede ya pensar en el objeto de su cariño sin que la sombra de sus recuerdos venga luego á renovar la herida y á engendrarle esa desesperacion que se ha convertido en una peligrosa melancolía.

— Pero en fin.... esta niña.... pregunté yo con una rudeza en que habia mucho de curiosidad. Cármen no respondió; se cubria el rostro con las manos y sollozaba.

— ¡ Ah ! entiendo, señor cura, continué; entiendo : y ya era tiempo, porque la suerte de ese infeliz amante me iba afligiendo de una manera....

— Como usted me concederá tambien, repuso el cura, yo no podia hacer otra cosa, aun conociendo la verdadera pena de Pablo, que aguardar á mi vez, porque por nada de este mundo hubiera querido hablar á Cármen de los sufrimientos del jóven; temia ser la causa de que esta sensible y buena muchacha se resolviera á hacer un sacrificio *por compasion* hácia Pablo, ó bien que llegase á tenerle un poco de cariño originado por la misma *compasion*. Usted, capitan, en su calidad de hombre de mundo, estimará desde luego el valor que podria tener un *amor de compasion*. Nada hay mas frágil que esto, y nada que acarrée mas desgracias á los corazones que aman.

Yo deseaba saber si Cármen había amado á Pablo antes, y á pesar de sus defectos, aunque lo hubiera ocultado aun á sí misma por recato y por respeto á la opinion de sus parientes. Si no hubiera sido así, yo deseaba al menos que hoy lo amara, convencida de sus virtudes y estimando en lo que vale su noble carácter un poco fiero, es verdad, pero digno y apasionado siempre.

Mientras yo no supiera esto, me parecia peligrosa toda gestion que hiciera para favorecer á mi protegido; y ni á éste dije jamas una sola palabra de ello, como él tampoco me dejó conocer nunca, ni en la menor expresion, el verdadero motivo de sus padecimientos y de su soledad.

Hicé bien en esperar: el amor, el verdadero amor, el que por mas obstáculos que encuentre llega por fin á estallar, vino pronto en mi auxilio.

Un dia, hace apenas tres, el señor alcalde vino á verme á mi casa, me llamó aparte y me dijo:

— Hermano cura, necesitamos mi familia y yo de la bondad de usted, porque tenemos un asunto grave, y en el que se juega tal vez la vida de una persona que queremos muchísimo.

— ¿Pues qué hay, señor alcalde? le pregunté asustado.

— Hay, hermano cura, que la pobre Cármen, mi sobrina, está enamorada, muy enamorada, y ya no puede disimularlo ni tener tranquilidad: está enferma, no tiene apetito, no duerme, no quiere ni hablar.

— ¿Es posible? pregunté yo alarmadísimo, porque temí una revelacion enteramente contraria á mis esperanzas. ¿Y de quién está enamorada Cármen, puede decirse?

— Sí, señor, puede decirse, y á eso vengo precisamente. Ha de saber usted, que cuando Pablo, ya sabe usted, Pablo, el soldado, la pretendia hace algunos años, mi hermana y yo, que no queriamos al muchacho por desordenado y ocioso, procuramos sin embargo averiguar si ella le tenia algun cariño, y nos convencimos de que no le tenia ninguno, y de que le repugnaba lo mismo que á nosotros. Por eso yo me resolví á entregarlo á la tropa, pues de ese modo quitábamos del pueblo á un sugeto nocivo y libraba yo á mi sobrina de un impertinente. Pero usted se acordará de aquella misma Noche-buena en que, al hablar de Pablo en mi casa, cuando estábamos cenando, Cármen se echó á llorar. Pues bien: desde entónces su madre se puso á observarla dia á dia; y aunque de pronto no le siguió conociendo nada extraordinario, despues se persuadió de que

su hija queria al mancebo. Y se persuadió, porque Cármen no quiso nunca oír hablar de casamiento, ni dió oídos á las propuestas que le hacian varios muchachos honrados y acomodados del pueblo. Cuando se hablaba de Pablo, Cármen se ponía descolorida, triste, y se retiraba á su cuarto; y en fin, no hablaba de él jamas, pero parece que no lo olvidó nunca.

Así ha pasado todo este tiempo; pero desde que volvió Pablo, mi sobrina ha perdido enteramente la tranquilidad: el dia en que supo que estaba aquí, todos advertimos su turbacion aunque no sabiamos bien si era la alegría, ó el susto, ó la sorpresa lo que la habia puesto así. Despues, cuando ha sabido la clase de vida que hace Pablo en la montaña, suspiraba, y á veces lloraba, hasta que por fin mi hermana se ha resuelto ahora á preguntarle con franqueza lo que tiene y si quiere á ese mance-